

Enrique Molina

Discurso de agradecimiento



AGRADEZCO en el alma su presencia a quienes se sientan alrededor de esta espléndida mesa, amigos y principales representantes de todos los sectores de la sociedad de Concepción y de las colonias extranjeras. La emoción que experimento se hace más viva aun al contemplar las damas que han venido a dar a este inmerecido homenaje un realce sin par como su mejor adorno. Agradezco a mi amigo don Ramiro Troncoso sus gentiles y hermosas palabras de ofrecimiento que ha pronunciado en representación del señor Alcalde de esta ciudad.

Cuando llegué a la hidalga Concepción hace veinte años a asumir el cargo de rector del Liceo tuve el honor de ser recibido en una forma que generalmente no se gasta sino con los que se van si es que han sabido cumplir bien. Estaban entonces muchos de los que también se encuentran aquí presentes. Recuerdo además a don Aurelio Lamas, a don Luis Urrutia Rozas, a don Isidro Salas, a don Lisandro Urrutia Martínez.

¡Qué hondamente satisfactorio es por lo mismo para mí este significativo acto que os debo y a cuyo sentido el señor Alcalde ha dado realce con tanta elocuencia como bondad! ¡Queréis mostrarme que Concepción no se ha encontrado defraudada en la confianza que me anticipara al recibirme como un buen servidor!

Hay que repetir una vez más que el alma al proceder bien, obedeciendo a un dictado de su ser íntimo, encuentra en sí mis-

ma su primer galardón. Es lo que me ha ocurrido a mí con lo poco que he hecho en esta tierra generosa y ahora vosotros, hijos y vecinos de ella, agregáis un nuevo premio y reconocimiento. En aquella ocasión de hace veinte años no faltaron voces de personas y amigos, cariñosos y bien intencionados sin duda, que vieran en mi nombramiento para esta metrópolis de las orilla, del Bío-bío, un destierro, el propósito de alejarme de Santiago. Un destierro: la expresión del prejuicio centralista.

Compadeciéndome por mi vivir fuera de la capital otro amigo me dijo, con alusión a lo obscuro y mediocre de mi porvenir, aunque endulzándome la pócima con el halago indirecto: «Otro gallo le cantara a usted si hubiera vivido entre la gente». Cito estas palabras como un interesante rasgo de psicología chilena. Os aseguro que en muchas ocasiones antes y en estos últimos días me he acordado de ese compasible amigo, sintiéndome nada descontento con el gallo que me ha cantado por acá.

Por mi parte, no obstante la acción deprimente de estas sugerencias, desde que vine a esta ciudad antes de ser nombrado, tuve la idea de que ella, por su tradición de cultura, el número e importancia de sus colegios, su ambiente semiuniversitario en razón de su más que cincuentenaria Escuela de Derecho y sus aspiraciones a tener universidad, era, fuera de Santiago, el más importante centro del país desde un punto de vista educacional. Y creo que no tuve mal ojo.

Los chilenos viven,—como casi todos los pueblos latinos, con excepción tal vez de los italianos,—imantados hacia la capital y les parece que no entran a llevar una existencia plena sino cuando ponen su planta a firme en Santiago.

¿Es esto un bien? ¿Es un mal? ¿Es un fenómeno irresistible? No es del momento dilucidar tal problema a fondo, pero seguramente no es un bien. ¿Qué sería de nuestros hermosos valles, de nuestras minas, de nuestras industrias, de las orillas encantadas de los mares y lagos chilenos si no se le pudiera dar un sentido completo a la vida sino en Santiago?

Las capitales obran como torbellinos aspirantes de multitudes por la mayor cantidad de goces que ofrecen y porque son la mejor plataforma para las grandezas y el más discreto resumidero de las miserias humanas. Pero uno debe ir adonde el deber lo llama, ahí está la patria y ahí ha de buscar el desarrollo de su personalidad.

Cuando regresé de los Estados Unidos de N. A. en 1919 reafirmé en una reunión de profesores del Liceo y de los incipientes cursos universitarios la idea de dar a la vida plenitud donde uno tiene un deber que cumplir.

A mis reflexiones propias había agregado las impresiones recibidas en la gran república yanqui. Allá nadie cree que para ser persona se necesita vivir en Wáshington o en Nueva York o en Chicago. Hay centenares de centros más repartidos por todo el país. Sobre todo la gente universitaria ha echado los cimientos de sus aulas y gabinetes de investigación en los más variados puntos y en poblaciones muy pequeñas, donde la tranquilidad del ambiente se presta, en medio de la riqueza de las bibliotecas, a las lucubraciones del espíritu. En aquella ocasión dije a mis amigos y compañeros que encontraría aquí entre ellos, continuando al servicio de nuestros comunes ideales, todos los elementos y alicientes para hacer una vida completa. Y he cumplido mi palabra. Tal vez esto que un generoso escritor ha llamado recientemente «hacer descentralización práctica» pudiera ser un título al reconocimiento de nuestra ciudad que suele sentir,—aunque infundadamente, pienso,—el amargo desaliento de creerse olvidada. Concibo la descentralización, sin perjuicio de las reformas administrativas y ventajas correspondientes, como un llevar la realidad de la patria al último rincón del territorio nacional, como el poner los arrestos de la personalidad al alcance de todo hijo de esta tierra doquiera que él viva.

Mi actitud ha sido además para mí, sin nombrar los innumerables goces que la amistad y el ejercicio del magisterio me han deparado, motivo de otras satisfacciones. El estudio de mi

predilección, que es la filosofía, dada su relativa novedad en Chile, se puede proseguir con tanta facilidad, o, si se prefiere, con iguales dificultades, así en Concepción como en Santiago.

Y luego sentir el jadeo de esta tierra noble que pugnaba por tener una universidad, percibiendo las miradas de todos, puestas en nuestro primer establecimiento de educación secundaria. Entonces se pensaba que la Universidad, como Eva de Adán, saldría de una costilla del Liceo y en efecto algo de esto ocurrió.

El golpe decisivo partió de una insinuación hecha al Presidente don Juan Luis Sanfuentes. El Presidente se excusó con dificultades financieras. Mas el chispazo no se extinguió y la llamada cundió en Concepción donde se formó el Comité-Pro-Universidad y Hospital Clínico, pero no faltaban los espíritus prudentes y desconfiados que sonreían. Ni tampoco los que se burlaban. Un servidor vuestro salió algunas veces a hacer propaganda por las ciudades del sur a favor de la futura Universidad y un diario local daba noticias regocijadas de la «segunda» y de la «tercera salida» de don Quijote. Felizmente no era el único caballero manchego de que se disponía en aquel momento. Lo eran casi todos los miembros del Comité y muy principalmente don Augusto Rivera Parga y el doctor Virginio Gómez, que resolvieron la apertura de la Universidad en 1919, aquel con su gran ánimo y este como vicepresidente, mientras que el que habla se hallaba en Estados Unidos estudiando las universidades norteamericanas. ¡Qué gesto más temerario y romántico! Fundar una universidad, sin tener nada, a base de entusiasmo y de confianza en el porvenir. Al volver de los Estados Unidos y considerar las instalaciones y recursos de nuestro flamante instituto se me encogió el alma ante tanta pobreza y pensando en las responsabilidades que asumíamos con el centenar de muchachos confiados que habían acudido a nuestras aulas. Pero me guardé muy bien de comunicar mi desaliento.

Bástenos recordar, ya que nos encontramos en este sitio, que la pomposamente llamada Escuela de Dentística consistía

por todo en una pieza redonda que tenía como único sillón de operaciones un viejo sillón de la peluquería de este Club arrumbado por inútil entre los trastos inservibles. Y ahora contamos si no con el mejor, con uno de los mejores Institutos de Odontología de la América. No es esta vana jactancia. Es una verdad reconocida por cuanto entendido lo ha visitado.

La sociedad de Concepción, encabezada por sus más distinguidas damas, hizo cuanto pudo por allegar fondos en favor de la Universidad. Algunas colonias extranjeras, principalmente la italiana y la española, cooperaron con entusiasmo en esa labor. El gobierno le acordó una pequeña subvención.

Pero todo esto no era suficiente. Sin el invento de las «donaciones con sorteo», de donde salió después la lotería, la Universidad no habría podido mantenerse ni crecer. A la fecha ella forma una creación magnífica cuya solidez se afirma cada día. La constituyen principalmente siete Escuelas, ocho Institutos y una Biblioteca Central con 20,000 volúmenes. Sin necesidad de haber organizado departamentos especiales, la administración general cuida de la Extensión Cultural, que ofrece a la ciudad los mejores conferenciantes que puede, y atiende a la publicación de ATENEA, revista, cuyo renombre de ser una de las mejores de habla castellana, es proclamado dentro del país, y, fuera, en los círculos doctos del mundo occidental. De los ciento y tantos alumnos de 1919 hemos pasado a 830 en el año actual. La paupérrima universidad de entonces posee en estos momentos trece millones de pesos en bonos, más o menos diez millones en propiedades raíces y edificios, y tres millones y medio en instalaciones y mobiliarios, lo que hace un total de bienes existentes de veintiséis millones y medio de pesos. O sea: la universidad ha vivido durante diecisiete años y ha economizado en los últimos catorce la suma recién indicada.

Pero, ¿cuál es el alma de este cuerpo cuyos contornos acabo de indicar?

Formar jóvenes amantes del saber y de la verdad, con eficien-

cia y honradez profesional, conscientes de sus deberes cívicos, y que tengan en su voluntad todos los resortes de un carácter disciplinado.

No siempre se consigue a la perfección este dechado de cualidades en cada uno de nuestros muchachos. Ninguna universidad del mundo lo consigue tampoco por completo. Ni la familia mejor organizada ni los padres más ejemplares suelen dejar de tener entre sus hijos alguna oveja negra.

Pero queda indicado un ideal universitario para cuya realización se trata de mantener un medio espiritual propicio. A ello contribuyen las investigaciones científicas, las bibliotecas, los deportes, y, en general, todas las actividades de las escuelas e institutos.

Persigue también como objetivo propio nuestra institución servir a la sociedad para ayudarla a resolver sus problemas económicos y satisfacer sus anhelos de cultura. El Directorio no escatima esfuerzos en este sentido. Es Mecenazgo de las bellas artes hasta donde sus recursos se lo permiten, subvenciona escuelas populares, fomenta la educación física y mira con sumo interés las necesidades del progreso agrícola e industrial de la colectividad.

Pero el Directorio tiene que ir postergando con pesar, por falta de numerario, la ejecución de numerosos proyectos, la satisfacción de muchas necesidades, presentadas por diversos sectores sociales o por los propios jefes de departamentos, y cuya importancia no puede desconocer.

Se prosigue con empeño la edificación y urbanización del hermoso barrio universitario. Se ha organizado de una manera eficiente el bienestar estudiantil; pero, entre las cosas que faltan, aún no ha sido posible levantar buenas habitaciones para estudiantes a fin de que muchos de nuestros muchachos vivan en condiciones adecuadas de higiene y de confort, y lo que puede hacer además que esta universidad se convierta en un centro de atracción continental.

La Lotería, principal fuente de entradas de la Universidad, goza con justicia del favor del público, gracias a la honradez intachable y al acierto con que ha sido manejada, bajo la tuición del Directorio, por su competente y honorable gerente señor Desiderio González. Pero parte sólo de sus utilidades benefician a la Universidad. El resto de su codiciado riego va a fertilizar otros campos. En el año actual, las utilidades serán más o menos de nueve millones de los cuales corresponderá aproximadamente la mitad a la Universidad.

Como no es fácil que la Lotería, por razones referentes a la capacidad del mercado nacional, aumente su rendimiento, la Universidad va a llegar pronto a un tope en los recursos de que dispone y se va a encontrar amenazada nada menos que de estagnación en sus progresos.

Si este es un peligro podemos ver cuánto mayor sería el otro de que se cambiara la sede de la Lotería o se modificara la distribución de sus ganancias en forma desfavorable para la Universidad.

S. E. el Presidente de la República ha prometido en ocasión solemne que la situación actual no se alterará y por el momento no se divisa peligro alguno; pero si cualquiera amenaza se cerniera en el porvenir contra estas instituciones tan vitales para nuestra ciudad, los que trabajamos en el instituto universitario estamos seguros de que Concepción entera sabrá defenderlas con el valor cívico demostrado ya en horas memorables, en la convicción, además, de que defendía no sólo sus intereses sino también los del progreso espiritual de la República.

Jamás me habría imaginado, señoras, señoritas, señores y amigos, que con motivo de mi retiro de la enseñanza del Estado pudiera ser objeto del altísimo honor que significa para mí esta magnífica manifestación.

Me he acordado más de una vez en estos días del sabio Solón para completar con un nuevo ejemplo una respuesta que él diera. Vosotros no ignoráis que en cierta ocasión, Cresos, el opu-

lento rey de Lidia, mostró al gran ateniense sus inmensos tesoros. Gesto de vanidad, de busca de adulación. Como Solón ante tanta riqueza material permaneciese silencioso, Creso, no poco desconcertado, exclamó: «¿Qué, no me encontráis acaso el más feliz de los hombres?». —«De la felicidad de un hombre, contestó tranquilamente el sabio, nada cabe decir hasta el finalizar de su vida». Y puso dos ejemplos de hombres que él tuviera por felices. A estos quisiera agregar ahora mi sentimiento de que puede considerarse también entre los más felices de los mortales el modesto profesor que al término de su carrera recibe la aprobación, en este caso a la vez bondadosa y brillante, de sus amigos y de la sociedad en que ha tenido la suerte de actuar.

He sido en verdad un sembrador afortunado. Al lado del succulento grano, fruto de la semilla arrojada, han brotado con profusión las hermosas flores de la gratitud que vosotros me ofrecéis. Pero medio embriagado por ellas, transido de imborrable emoción, comprendo que no me corresponden a mí solo. Muchos nombres de compañeros y eminentes colaboradores pugnan por salir de mi corazón a mis labios. Tomo brazadas de estas flores que me brindáis y las ofrezco a mi turno a mis amigos del Liceo, a mis amigos del Directorio y del Consejo Universitario, a todos los cooperadores en favor de la Universidad, a mis colaboradores del profesorado y de las oficinas administrativas, a los estudiantes, porque ellos han puesto también las inquietudes de sus vigiliass para alcanzar la cosecha que en gran parte ocasiona esta espléndida fiesta.

De todas maneras siento mi espíritu enriquecido con el don de un mayor prestigio que me traen vuestras palabras y vuestra adhesión. Pero no haré de él un motivo de vanagloria ni me encerraré como un avaro a gozarlo escondido. Lo tomo como un sagrado depósito que me haceis y por mi parte entiendo que debo ponerlo al servicio de la Universidad y de la gran obra de cultura que de ella irradia.